

LOS ANIMALES HABLAN

INTRODUCCION

*Y aves y bichos y pejes
Se mantienen de mil modos;
Pero el hombre en su acomodo
Es curioso de observar;
Es el que sabe llorar
Y el que se los come a todos.*

Martín Fierro

*La ventaja del hombre sobre el animal es la palabra.
Pero si la palabra no es discreta, el animal es preferible al hombre.*

Máxima oriental

DEDICATORIA

*A la memoria de Petronio, chimpancé del jardín Zoológico de Buenos Aires,
porque, al quitársele su hermosa libertad de las selvas, se dejó morir de hambre.*

Yunque

INDICE

EL COLLAR
METAMORFOSIS
INQUISICION ACERCA DE DIOS
CABALLEROS
EL DIOS Y EL BLASFEMO
EL ROEDOR Y EL ALADO
UN GRAN ZORRO
CRITICO
DIALOGO EN EL ZOOLOGICO
LA MADRE
EL PERRO GUARDIAN
ALAS
LOS DEBILES
CUANDO EL PERRO NO MUERDE
EL DIOS Y EL BLASFEMO

LA FRATERNIDAD ENTRE TIGRES
REPORTAJE A UNA LLAMA
LA GLORIA
TELAS DE ARAÑA
CARNEROS CON GARRAS
PERDON DE TIGRE
ENVIDIA
EL TUERTO
GENEROSIDAD
ENCUESTA
EL ESPANTAJO
ERUDICION
ARROGANCIA
HAMBRE
EJEMPLO
LA ESTATUA
TEOLOGIA
LA LEYENDA
PAZ ARMADA
LOS DOS ENEMIGOS
EL TIGRE CRISTIANO
TRABAJAR
FRATERNIDAD
EL MAL PATRIOTA
LOS HIJOS DEL MAMUT
LA ILUSION DE LA FELICIDAD
ANÉCDOTA EN EL ZOOLOGICO
EL DERECHO
LIBERTADOR DE CARNEROS
EL GALLO
CRITICOS
LA VIRTUD
LA VANIDAD
REMEDIO
TRISTEZA DE PERRO
LAS SOMBRAS GLORIOSAS
REFLEXIONES
VOCES ANTAGONICAS

• EL COLLAR

Esto ocurrió en el Chaco, en medio de la selva, entre talas y ñandubays tan altos que se hablan con las nubes:

Los monos, libres vivían alegremente, comiendo las frutas de los árboles. Pero un día, un mono grande y fuerte, reuniéndolos, les habló así:

- Yo soy el jefe de todos. Desde hoy, cada uno de ustedes tiene que usar esto.

Y les puso un collar de cuero en el que estaba escrito su nombre.

Los demás monos se pusieron el collar y volvieron a los árboles. Pero no faltó mucho para que otro mono los reuniera y les hablase así:

- Monos, si me reconocéis a mi por jefe, en lugar de un collar de cuero usareis uno de plata. Miradlos como brillan y qué pesados son.

Los monos tiraron los collares de cuero y se pusieron los de plata.

Pero cuando quisieron volver a los árboles, el nuevo jefe les dijo:

- ¿Dónde vais? ¿A los árboles? ¡No! Ahora tendréis que trabajar medio día. Es preciso pagar.

Y los monos ya no pudieron volver libremente a gozar la felicidad de vivir a su arbitrio entre los árboles, subiendo por ellos hasta sentir la caricia de las nubes.

Algunos protestaron. El nuevo jefe los molió a golpes.

Así pasó un tiempo. Y ocurrió que presentose otro con pretensiones de jefe. Exhibió nuevos collares, collares de oro, de brillantísimo oro.

Y los monos, tirando sus collares de plata se pusieron los de oro y proclamaron al nuevo jefe.

Trabajaron el medio día, pero cuando quisieron volver a los árboles, el nuevo jefe lo impidió:

- ¡No! El collar de oro no es lo mismo que el de plata. ¡Cuesta el doble! ¡Y es preciso pagarlo! ¡Hay que trabajar todo el día!

Algunos rezongaron y el jefe de los collares de oro, igual que el de los collares de plata, los molió a golpes.

Pasó un tiempo más largo. Los monos ahora sólo subían a los árboles de noche, pero tan cansados, que no podían gozar la antigua felicidad de trepar por ellos, saltar de rama en rama, mecerse cogidos por la cola... Les faltaba alegría para hacer esto.

Una mañana un grito de triunfo los despertó. Bajaron, vieron un mono grande y fuerte y, a sus pies, estrangulado, al jefe, el dueño de los collares de oro.

Los monos comenzaron a gritar.

¡Viva! ¡Viva el nuevo jefe! Pero éste protestó:

- ¡Yo no soy jefe! Si he matado al jefe es para que no tengamos ninguno. ¿Qué necesidad tenemos de jefe? ¡Volvamos a los árboles, a la libertad! ¿Qué necesidad tenemos de trabajar para pagar collares? ¡No usemos collares! ¡A ver, todos, venid! ¡Sacaos los collares y vamos a tirarlos al río!

Los monos protestaron. No quisieron deshacerse de los collares. Los hallaban bellos. Y volvieron a los árboles, a la antigua libertad, a la felicidad de comer los frutos que los árboles ofrecían pródigos, pero sin quitarse los collares de oro.

Transcurrió muy poco tiempo. Y pronto un nuevo jefe, enorme y fuertísimo, se presentó, amenazante. Y los monos se le sometieron y retornaron al trabajo, a la fatiga, a la tristeza.

Porque es fácil someter a seres que hallan bello su collar de oro.

• METAMORFOSIS

Una rana - una rana loca según opinión de los sapos - se dijo:

- Desde hoy no comeré otra cosa que reflejos de estrellas...

Después de algunas noches ya no canta: cli, cli, cli, cli, como antes.

Ahora canta como un zorzal, canta como si le hubieran nacido alas de pájaro.

• INQUISICION ACERCA DE DIOS

Yo tenía la virtud de resucitar animales, sólo animales. Y al resucitarlos, tornaban ellos a la vida con el don de la palabra.

Aproveché -entonces- aquella virtud mía y este raro fenómeno de poder dialogar con los animales, para hacer en éstos la más honda de las inquisiciones. Pregunté a una gallina, a una araña, a un caballo, a una mosca, a un hipopótamo, a un gato y a un perro:

- ¿Cómo os imagináis que es Dios?

La gallina me respondió que Dios era una enorme gallina, la araña que era una enorme araña, la mosca que era una enorme mosca y el hipopótamo que era un enorme hipopótamo.

El gato y el perro tan solo me respondieron que Dios debería ser algo así como un inmenso hombre.

Todo eso fue un sueño, naturalmente. Yo nunca tuve la virtud de resucitar animales ni oír lo que éstos pudiesen imaginar acerca de cómo Dios era. Pero los sueños son también útiles. De ellos se pueden deducir, a veces, enseñanzas tan profundas como las que de los actos de la vida real extraen los filósofos.

• CABALLEROS

Se pusieron a jugar dos monos fulleros, tan hábiles jugadores que debieron resignarse a jugar honradamente.

• EL DIOS Y EL BLASFEMO

Los peces de la laguna tenían al hombre por un ser divino, benefactor de la especie.

"El hombre - aseguraban ellos- nos da de comer exquisitos gusanos.

Y somos tan ingratos con él que, en ocasiones, lo tenemos parado junto a la laguna, ofreciéndonos de comer inútilmente. No le hacemos caso. El hombre no se impacienta ni nos maldice. Hay días en que ninguno prueba la comida que él con tanto sacrificio nos ofrenda: no se enoja el buen dios: al otro día, allí está como siempre, con su caña en la mano, obstinándose en darnos de comer exquisitos gusanos". Pero uno de los peces cogidos por el hombre volvió a la

laguna.

Era la primera vez que esto ocurría.

Contó atrocidades: "El hombre - gritó él - no es un buen dios. ¡Estáis equivocados! El hombre es perverso. Bajo la comida que nos ofrece está oculto un gancho de hierro con el que nos apresa. Cuando me sacó a mí del agua tenía doce hermanos, ahogándose en seco lentamente. Yo comprendí mi destino. Hice un esfuerzo. Di un gran salto, y volví al agua. He vuelto para desengañaros. El hombre no merece la gratitud, la adoración que le tenéis. El hombre no es un dios. Es un ser malo, engañador, vive para extinguir a nuestra especie"...

Pero no lo dejaron terminar. Horrorizados, los demás peces comenzaron a abominar de él y a gritarle: "¡Blasfemo! ¡Enemigo del dios hombre, protector de los peces! ¡Blasfemo!"

Lo mataron a mordiscos. Y lo devoraron.

• EL ROEDOR Y EL ALADO

Un pájaro y un ratón de la India fueron encerrados en la misma jaula. El pájaro volador, dándose contra las maderas, batió las alas en procura de espacio, hasta matarse. El ratoncillo royó una, dos, tres maderas, pacientemente: y consiguió escapar...

• UN GRAN ZORRO

La zorra vieja: - Nietos míos: podéis vanagloriaros de ser nietos del más astuto de los zorros. Tan astuto era que, en vez de andar con otros zorros, se hizo camarada de los corderos. Porque él decía: "El verdadero pillo nunca anda con pillos..."

Bien es cierto que el abuelo había nacido en un jardín zoológico, y vivido toda su juventud escuchando a los hombres.

• CRITICO

Popular es aquello de: "animal que come no grita". Esto sabíalo el tigre, y lo usó contra un cuervo empecinado en seguirlo y criticarle sus matanzas; pero no le dio resultado y hubo de recurrir a su amigo el zorro.

- Está bien, amigo - respondió éste - salgamos a cazar juntos. Yo le voy a hacer callar a ese criticón; ya verá usted qué fácil.

Y el tigre, seguido del zorro, salió a cazar. Pronto tuvieron sobre sus cabezas al cuervo, el que, revoloteando, los acechaba.

- ¡Ahí lo tiene! - rugió el tigre - no bien mato una presa, él, desde un árbol, comienza a llamarme asesino, y a alborotar. Le tiro un pedazo, y calla mientras come, pero después, ya satisfecho, vuelve a chillar y a alborotar con más fuerza.

Se aproximaba un venado. El tigre dio un brinco y le tronchó el pescuezo. La voz del crítico, desde lo más alto de un roble se alzó

estridente:

- ¡Asesino! ¡Asesino! ¡El tigre acaba de matar un venado, asesino!

- ¡Tome, negro chillón! - y el tigre tirole un grueso trozo. Calló el cuervo, había bajado a cogerle en las ramas donde se enredara, y engullía ahora.

- Ahí lo tiene - dijo el tigre al zorro - mientras come, calla. Después vuelve a gritar con más fuerza, y ya nada lo hace callar una vez harto. ¡Ah, si no volase, ya vería usted que pronto...!

Lo interrumpió el cuervo que gritaba:

- ¡Asesinos, asesinos; el tigre y el zorro han matado un venado y se lo están comiendo los asesinos!...

- Amigo cuervo - le habló el zorro - ¿Por qué se empeña en gritar así? Usted no tiene linda voz, mi amigo. Usted tiene una voz chillona, áspera; ¿por qué empeñarse en que todos lo juzguemos por su voz? Y, sin embargo, ¡qué hermoso plumaje el suyo! ¡Qué vuelos más elegantes los suyos! Cuando usted vuela, con su hermoso plumaje relumbrando al sol, no puede usted imaginarse lo que experimento; verdaderamente, es una emoción artística...

Calló, porque el cuervo había echado a revolotear sobre sus cabezas... Y el zorro, entre bocado y bocado, no dejaba de gritarle:

- ¡Hermoso! ¡Sublime! ¡Magnífico!...

• DIALOGO EN EL ZOOLOGICO

La jirafa - Dios ha hecho altas las palmeras para que yo sola pueda comer ricos dátiles.

El mono - ¿No sería más bien que de tanto desear los dátiles, Dios, compadecido, te alargó el cuello? ¡Como sos tan torpe para trepar a los árboles!

• LA MADRE

La incubadora a la gallina seguida de diez pollos:

- ¿Y por haber tenido diez hijos vas tan ufana? Yo tengo cientos y aún miles de hijos. Si el ser madre te enorgullece así, ¿qué puedo sentir yo que soy cien veces madre todos los días?

La gallina:

- Poné un huevo.

• EL PERRO GUARDIAN

El perro guardián, que está del lado interior del alambre. - ¡Guau, guau, guau, guau, guau!...

El perro vagabundo - ¿A quién ladrás?

El guardián - ¡A los transeúntes!

El vagabundo - ¿Para qué? ¿Acaso alguien quiere entrar?

El guardián - Ya se que nadie quiere entrar. Pero yo no ladro para ellos. Ladro para que me oiga mi patrón.

El vagabundo - ¡Sos estúpido, sí!

El guardián - ¿Qué sabés vos? ¡Vagabundo!

El vagabundo - Ahora soy vagabundo; pero antes he tenido patrón

como vos tenés. Y me daba de comer, como a vos.

El guardián - ¿Dónde está?

El vagabundo - No sé. Un día me echó de su casa.

El guardián - ¿Sabés por qué?

El vagabundo - No.

El guardián - Juraría que te echó porque no ladrabas para él. ¿Vos ladrabas a los transeúntes? ¡No! Estoy seguro que sólo ladrabas a los que querían entrar...

El vagabundo - Tampoco. Yo sé que el que golpea antes de entrar no es un ladrón. Yo sé distinguir a los ladrones de las gentes honradas. Yo no ladro en vano.

El guardián - ¿Y vos crees que yo ladro en vano? ¡Inocente! Yo ladro para ganarme mi comida. Ladro a los transeúntes para que el patrón sepa que si quisiesen entrar ladrones a su quinta, yo sabría ladrar. ¡Y cómo! Si así ladro a los transeúntes, ¿te imaginás con qué furor ladraría a los ladrones? Vos no te imaginás; pero mi patrón sí. Y por eso me da de comer. ¿Sabés por qué te echó el tuyo? Porque nunca le hiciste ver que sabías ladrar.

El vagabundo - Sin embargo, si hubiese entrado un ladrón, hubiera echado la casa abajo a ladridos. ¡Me lo hubiese devorado!... ¿Otra vez ladrás? ¿Y a quién ladrás ahora, si no pasa nadie?

El guardián - ¡Guau, guau! ¡A vos! ¡Guau, guau! Te ladro a vos.

¡Guau, guau! ¿No ves que allí está el patrón mirándome? ¡Guau, guau!...

El vagabundo - Me voy, no quiero comprometerte.

El guardián - ¡Si no me comprometés! ¡Guau, guau! Por el contrario, me harías un servicio si intentaras entrar. ¡Guau, guau!...

El vagabundo - ¿Para qué?

El guardián - Así, en presencia de mi patrón, te ataco. ¡Entrá! ¡Guau, guau!

El vagabundo - No, muchas gracias. ¡Veo que no sos tan estúpido, no! Adiós.

El guardián (persiguiéndole a lo largo de la cerca, con los pelos erizados, ronco de ladrar).

- ¡Guau, guau, guau, guau!...

La voz del amo - ¡Toni! ¡Vení acá, Toni! ¡Tonito! (El perro guardián calla y corre hacia él, alegre. Sabe que cuando el amo lo llama "Tonito", está satisfecho, y que cuando está satisfecho, no olvida de darle de comer).

• ALAS

La Mariposa - ¡Si yo tuviese tus alas subiría al cielo!

El Buitre - El cielo está muy alto. ¿Para qué fatigarme inútilmente? La comida está aquí, en la tierra; no allá en el cielo. En el cielo no hay más que nubes.

La Mariposa - ¡Oh, las nubes! Son como grandes flores blancas que vuelan.

El Buitre - Ni las nubes son flores ni vuelan, porque no tienen alas. Se mueven empujadas por el viento, nada más. Las nubes son estúpidas, como los bueyes.

La Mariposa – Sin embargo, si yo tuviese tus alas, subiría hasta las nubes. Estoy segura que no han de ser lo que tú dices. Son tan bellas que, por ser bellas, han de contener un néctar riquísimo. ¿No has reparado en que las flores más bellas y de más exquisito aroma son las que poseen el más sabroso polen?

El Buitre - ¡Puf! Olvidé que estaba hablando con una loca. Despreciable ser que sólo te alimentas de flores: ¡No merecerías tener alas!

• LOS DÉBILES

El Pombero es un dios de las regiones que fueron del imaginativo guaraní. Tiene forma humana, aunque es proteico y puede aparecer ya en forma de ave como de tigre u otros pobladores de la selva. Generalmente se le ve como un hombre alto, rojo, velludo, tocado con un gran sombrero de paja. Si sale de día, lo hace a la hora de la siesta, a raptar niños; pero es un ente nocturno y poderoso, no solamente por su fuerza y astucia, sino porque es capaz de transformarse, o hacerse invisible y transformar y hacer invisible a los demás.

Una noche se hallaba el Pombero descansando al pie de un árbol, cuando oyó a dos vizcachas que, conversando, se lamentaban doloridamente.

Decía una:

- ¡Triste destino el nuestro! ¡Siempre huyendo, siempre temiendo caer en las garras del zorro!

Y la otra:

- ¿Por qué no tenemos garras y dientes como otros animales, por qué somos débiles, por qué estamos condenadas a vivir temblando por cualquier ruido? ¡Esto es injusto!

- ¡Si un dios se compadeciese de nosotras y nos transformara en tigre! – suspiró la primera.

- Yo pido menos aún – gimió la otra -, con que me convirtiese en zorro me conformaría.

El Pombero intervino:

- No se lamenten más, infelices vizcachas, yo me compadezco de ustedes y con mi poder de dios, voy a convertirlas en lo que desean ser: a una en zorro y en tigre a la otra.

Con su bastón de caña trazó el Pombero círculos y espirales sobre la cabecada una de las azoradas vizcachas, la tocó en el hocico y quedó transformada en zorro. Iba a repetir la ceremonia para convertir a la

otra en tigre. No tuvo tiempo: la recién convertida en zorro ya la había degollado de un tarascón y huía con ella, a devorársela.

• CUANDO EL PERRO NO MUERDE

- ¡Entre! – me dijo el hombre. Yo, receloso, le señalé el perro, un enorme perro de recia pelambre, tirado frente a su puerta.

El hombre hizo una mueca despreciativa y le pegó un duro puntapié.

El perro se levantó azorado, cobarde, y echó a correr, gimiendo.

- ¿Por qué le pega así? – le pregunté yo. Naturalmente, sin darme cuenta de todo lo trascendental que se encerraba en lo que decía, el hombre respondió:

- Porque no muerde.

• EL DIOS Y EL BLASFEMO

Los peces de la laguna tenían al hombre por un ser divino, benefactor de la especie. “El hombre – aseguraban ellos –nos da de comer exquisitos gusanos. Y somos tan ingratos con él que, en ocasiones, lo tenemos horas parado junto a la laguna ofreciéndonos de comer inútilmente. El hombre no se impacienta ni nos maldice. Hay días en los que ninguno prueba la comida que él con tanto sacrificio nos ofrenda; no se enoja el buen dios. Al otro día, allí está como siempre, con su caña en la mano, obstinándose en darnos de comer exquisitos gusanos”. Pero uno de los peces que había sido pescado por el hombre, volvió ala laguna.

Era la primera vez que esto ocurría.

Contó atrocidades: “El hombre – gritó él – no es un buen dios. ¡Estáis equivocados! El hombre es perverso. Bajo la comida que nos ofrece está oculto un gancho de hierro con el que nos apresa. Cuando me sacó a mí del agua, junto a él tenía a doce de nuestros hermanos, ahogándose en seco lentamente. Yo comprendí mi destino. Hice un esfuerzo, di un gran salto y volví al agua. He vuelto para desengañaros. El hombre no merece la gratitud y la adoración que le tenéis. El hombre no es un dios. Es un ser malo, engañador, vive para extinguir a nuestra especie”.

Pero no lo dejaron terminar. Horrorizados, los demás peces comenzaron a abominar de él y a gritarles: “¡Blasfemo! ¡Enemigo del dios hombre, protector de los peces! ¡Blasfemo!”

Lo mataron a mordiscos y lo devoraron.

• LA FRATERNIDAD ENTRE TIGRES

Dos tigres hermanos, siendo cachorros, se trabaron en lucha por una presa. Uno de ellos sacó un ojo al otro. Pasó el tiempo. Se encontraron años después. Dijo el tigre heridor:

- ¡Querido hermano!

Y corrió a abrazar al tuerto. Este, receloso, contuvo su efusión.

- ¡Querido hermano! – exclamó el otro -. ¿Aún me tenés rencor? ¡Yo estoy arrepentido de lo que hice! Es necesario que me perdones, que seamos amigos.

- Sí – respondió el tuerto -. Todo eso es muy bonito; pero es a mí a quien le falta un ojo. Quisiera ser tu amigo y perdonarte, pero cuando me acuerdo que me falta un ojo, me es imposible quererte.

- ¡Estoy arrepentido! – gimió el otro.

- Si es tanto tu dolor y tu deseo de volver a mi cariño – arguyó el tuerto -, podés llegar a ser mi amigo muy sencillamente. Nada más que con un pequeño sacrificio.

- ¿Cuál?

- Dejando que yo te saque un ojo a vos. ¿Querés? A cambio de un ojo, ¡una insignificancia!, recuperarás un hermano.

El otro no aceptó.

• REPORTAJE A UNA LLAMA

Estaba caluroso y pesado, amenazando lluvia. Yo, sin ganas de leer ni de escribir, me eché a vagar. Casi sin saber cómo, llegué a la puerta del Jardín Zoológico, y entré. Me tiré sobre un banco, cansadísimo, igual que si hubiese andado varias leguas.

Comenzaba a dormitar cuando llegó una llama conducida por un niño y llevando a otro niño al que la madre recibió en brazos, gozosa.

Se alejaron los tres. La llama quedó junto a mí, atada al sauce que sombreaba mi banco.

La miré. Era una llama blanca, con lanas largas y copiosas que le caían desde el lomo. Su cabeza alargada, inteligente, cobraba humanidad en los ojos, unos grandes ojos pardos llenos de luz. No sé por qué se me ocurrió que la llama, con su inteligente cabeza, podría hablar conmigo y yo podría reportearla. Pero pensé que este herbívoro de la altiplanicie andina, a pesar de ser una llama del Jardín Zoológico de Buenos Aires, no hablaría español, sólo sabría el aimará o el quechua.

Y le pregunté, mirándola a los bellos ojos:

- ¿Hablás español?

- Sí – me respondió.

- Entonces voy a reportearte. Soy periodista.

- Bueno.

- ¿De qué te interesaría hablar?

- Antes que nada – me dijo, poniéndose casi adusta, expresión inusitada en el manso animal -, antes que nada, una pregunta: ¿Por qué me tuteás?

- No sé. Quizás porque los hombres tutean a los niños. Y los animales, para nosotros, son como niños. Pero si le molesta, no la tutearé más.

- No me molesta demasiado, pero tenga en consideración que yo soy un animal que habla, es decir, que bien puedo ser puesto al nivel de los hombres. Soy un animal que habla y que razona...

Dejó la frase en suspenso. Comprendí su intención, y la completé:

- Es decir, que usted puede ser colocada a un nivel por encima del común de los hombres.

- Así es. ¿No le parece?

- De acuerdo. Pero voy a comenzar mi reportaje. Puede venir algún chico que desee dar un paseo en llama e interrumpirnos.

- Hoy es difícil. El día está nublado, sofocante. El zoológico está casi desierto. Comience. ¿Desea que le hable del glorioso tiempo de los Incas?

Hice una mueca:

- No. ¿Para qué andar removiendo momias y papiros?

Rió fuertemente, sarcástica.

- ¿Por qué ríe así?

- ¿Papiros? ¿Usted ha dicho papiros? ¡Ja, ja, ja! Confunde a los Incas con los egipcios. Los Incas no escribían en papiros sino con quipos. ¿Quiere que le explique lo que eran los quipos?

- No. Dejemos el pasado. El pasado tiene olor a tumba.

- ¡Pero los quipos constituían una escritura ingeniosísima! – protestó ella, indignada.

- Supongo – repuse – que no sería más ingeniosa que el alfabeto actual.

Movió la cabeza, asintiendo. Yo continué:

- Entonces, ¿para qué perder tiempo admirando el pasado? Dejemos esa actitud para algunos hombres que no tienen dentro del cráneo más cerebro que el que pudieran tener las momias de de Viracocha o de Huayna Capac...

- ¡El sabio Viracocha! ¡El valiente Huayna Capac...! – exclamó ella, doblando ligeramente las rodillas, y bajando la cabeza.

Yo sonreí. Le dije:

- Ya me explicó por qué el ladrón Pizarro con unos cientos de ladrones y asesinos audaces pudo concluir con la gloria incaica. Ustedes tenían la servidumbre infiltrada hasta en el alma de los animales. Esa es nuestra superioridad. La superioridad del mundo moderno. Entre nosotros, ni el perro, ¡tan servil!, ni el asno, ¡tan quieto!, cumplen su destino con resignación. Hacen de perro y de asno, sí, pero por fuerza. No con veneración, como ustedes hacían de esclavos. Es decir, usted no, pero el abuelo de su abuelo, por varias generaciones...

- ¡Yo tuve un abuelo que condujo la dacha de oro del Inca Viracocha! – exclamó orgullosamente, irguiéndose.

Me impacienté:

- Bueno, dejemos que su abuelo glorioso duerma en el estómago del glorioso Inca que, después de haber usufructuado su laboriosa juventud, hizo charqui de su avejentada carne, y se la comió. Vamos a hablar de cosas presentes...

El niño, su conductor, me tiró de la ropa y, sacudiéndome, me dijo:

- ¡Eh! ¿Qué hace usted? ¿Se ha dormido? ¡Apúrese! Están cerrando el Jardín Zoológico...

● LA GLORIA

La mosca azul, acercándose a la basura donde otras moscas comían, dijo:

- ¡Admiradme por lo que acabo de hacer! ¡Soy inmortal!

- ¿Y qué acabas de hacer? – le preguntó una mosca negra, una mosca común.

- ¡Acabo de ensuciar sobre la Divina Comedia!

• TELAS DE ARAÑA

La mujer - ¿Qué hacer, Dios mío, para que no haya más telas de araña?

La araña - Si Dios no se hubiese olvidado de ponernos alas, como a las moscas...

• CARNEROS CON GARRAS

El carnero viejo arengó a su rebaño:

- Camaradas: Los tigres no comen a los pumas. Los cóndores no comen a los buitres, los cimarrones no comen a los zorros. Los animales de garras no atacan a los otros que también tienen garras, aunque éstos sean más chicos y más débiles. Atacan a los carneros o a las liebres o a los ciervos que no tienen más defensa que su carrera. ¡Es preciso, carneros, que nos pongamos garras también nosotros! Así nos libraremos de las persecuciones de zorros, cimarrones, buitres, cóndores, pumas y tigres.

Los demás carneros aprobaron. Desde ese mismo día comenzaron a fabricarse garras.

Y como lo había previsto el carnero viejo, los animales de garra, que se respetan entre sí, se abstuvieron de atacar a aquel rebaño de animales con garras. ¿Cómo osarlo? Serían devorados por ellos, aunque - según observó un zorro - a pesar de sus garras, aquellos raros carneros, sólo se alimentaban de pasto. ¿Para qué se los habría armado con aquellas inútiles garras? ¿Sólo para defenderse? Caso insólito en la naturaleza: sería la primera vez que a un ser ésta le hubiese dado garras para defenderse, y no para atacar.

Estas reflexiones se las hizo el zorro a un tigre joven y fuerte, pero irreflexivo, incapaz de hacerlas por su cuenta. Y concluyó:

- Si en lugar de ser un zorro viejo, como soy ahora, yo fuese un tigre joven y fuerte como vos... yo...

- ¿Le parece?

- ¡Ahí pasan! ¿No las oís balar? Hoy no has comido en todo el día, uno o dos carneros no sentarán mal a tu estómago. ¡Y no te olvides de dejar algo para este viejo! - le gritó, porque el otro ya estaba lejos, a brincos.

Saltó el tigre entre la majada, a zarpazos, rugiendo. Y los carneros, a pesar de sus garras, sólo atinaron a huir. Por el contrario, sus garras postizas sólo les servían de estorbo, no los dejaban escapar con la premura de sus corazones aterrados.

El tigre hizo una carnicería: quince carneros quedaron allí. Aullando, los demás se perdieron en el horizonte. El tigre se echó a devorar uno. En aquel momento llegó el zorro. Reía.

- ¿No te lo decía? ¡A pesar de las garras, carneros siempre!

El tigre, hambriento, trituraba. El zorro miró a su alrededor quince presas ¡No se las comería todas el tigre, no!

Y lo dejó que se hartase. Mientras tanto, él filosofaba:

- ¿No te lo dije? ¡Si eran postizas las garras! él filosofaba:

- ¿No te lo dije? ¡Si eran postizas las garras! A me lo sospechaba – dijo, mostrando las que acababa de sacarle a uno de los muertos.

El tigre respetaba la sabiduría del zorro y no perdía ocasión de recoger sus enseñanzas. Preguntó:

- ¿Y por qué sospechaba que las garras fuesen postizas?

- Porque los oí balar, mi amigo. Si los hubiese oído rugir no te hubiera aconsejado que te animaras. Lo demás puede engañarnos; la voz no engaña nunca. Bicho que bala, tiene que ser flojo... ¿Se puede?

- Sírvase nomás – respondió el tigre.

El zorro hincó sus colmillos en la garganta de un cordero.

● PERDON DE TIGRE

El tigre moribundo balbuceó algo. Sus cachorros, aproximándose, le oyeron decir:

- Perdón, perdón...- ¿Pedís perdón, papá? – preguntó uno de los cachorros, el más pequeño, el más inocente.

- No – dijo el tigre moribundo. Y pudo hablar:

- Perdono, perdono a las ovejas, corderos, vacas, liebres y venados que, alegremente, están ahora pastando y engordando en las praderas... ¡Los perdono a todos!

- ¿Qué quieres decir, padre? – Preguntó otro de los tigres - ¿quieres decir que nosotros no debemos matarlos?

Pero el tigre ya había exhalado el último suspiro, y no aclaró el significado de su perdón.

• ENVIDIA

Crear que el sapo pueda envidiar las alas del cóndor es un optimismo. Si algo envidia, sólo envidia la boca y el estómago del hipopótamo.

• EL TUERTO

Fue en el país de los monos, donde, a veces, ocurren y se dicen cosas de las que podrían extraer enseñanzas los hombres inteligentes:

Un mono, héroe de la guerra de los monos contra los pumas conquistadores, se hallaba ciego.

El dictador de los monos supo que alguien se había burlado del ciego, y ordenó:

- ¡Que a ese le saquen el otro ojo!

Le preguntaron como sabía que el culpable era tuerto. Y respondió:

Sólo un tuerto es capaz de burlarse de un ciego.

• GENEROSIDAD

La calandria atrapó un gusano y se disponía a devorarlo; pero oyó que éste protestaba. Le dijo:

- ¿Qué protestás? ¿Sabés quién soy yo? ¿Sabés quién te va a comer? ¡Nada menos que la calandria! ¡El cantor más eximio del bosque! ¡El ruiseñor de América!

El gusano continuaba protestando. Y la calandria:

- ¡No sabés la suerte que te ha tocado! ¡Servir de alimento a la calandria! Si te dejo, ¿qué serás sino un vil gusano? Si te como, mañana volverás al mundo en forma de canto y las demás aves, los hombres mismos, al oírme cantar y detenerse, extasiados, a admirarme, te admirarán un poco a vos también, gusano vil, sólo porque me has servido de alimento. ¿Sabés lo que yo te doy? ¡Te doy la gloria! ¡Mirá si seré generosa!

-El gusano no cesaba de protestar. El no era de la opinión de la calandria. La admiración ajena no le preocupaba.

Pero la calandria, aunque no había convencido al gusano, se había convencido a sí misma de que realizaba una acción generosa... Además tenía hambre.

Y se lo comió.

• ENCUESTA

El león, antes de ser lo que era ahora, gobernador de una selva en el Chaco, había sido león amaestrado de un circo norteamericano.

Del contacto con los compatriotas de Ford le había quedado la costumbre de hacer encuestas. Ya había hecho algunas entre los animales, sus gobernados, sin sacar mayores conclusiones, como ocurre con las verificadas entre los hombres.

Ahora había mandado a hacer esta:

1º. ¿Cuál es el ser más despreciable?

2º. ¿Por qué?

Y resultó que para los habitantes de las selvas, el ser más despreciable era el papagayo: "Porque hablaba como un hombre".

Se calificó segundo al mono: "Porque se parecía al hombre".

El hombre, a su vez, tuvo dos votos:

El mono y el papagayo, considerándole el más despreciable de los seres, votaron por él.

• EL ESPANTAJO

El agricultor, desesperado ya de que sus sementeras fuesen devastadas por los voraces gorriones, clavó un espantajo. Al viento los brazos extendidos, como si siempre estuviera dispuesto a atrapar los intrusos, el espantajo ahuyentó a los atrevidos gorriones...

Una mañana, un gorrión ciego que apenas volaba, saltando a la ventura, se posó en uno de esos temibles extendidos brazos que tanto espantaban a los demás gorriones. Y desde aquella mañana, los gorriones, perdido el miedo al espantajo, volvieron a devorar las sementeras.

Esto puede enseñar por qué se respeta a una tradición, y quién puede ser valiente y capaz de violarla por primera vez.

• ERUDICIÓN

Los tigres se comían a los monos.

Un mono viejo tuvo la ocasión de hallar un tigre y un mono muertos. Rencoroso, anhelante de venganza, aunque ésta fuese póstuma, colocó los dos cadáveres de manera que pareciera que, después de haber estrangulado al tigre, lo estaba devorando.

Transcurrieron muchos siglos. Parte de América se hundió como antes se hundiera la Atlántida. Surgió un nuevo continente. Desaparecieron los tigres y los monos de la faz de la tierra. Se convirtieron, a su vez, en animales antediluvianos como el plesiosauro o el mamut.

Un paleontólogo del siglo CL, un anciano erudito, haciendo excavaciones, descubrió los fósiles del mono y del tigre: el mono en actitud de devorar al tigre por él estrangulado. Reconoció en estos fósiles las dos especies desaparecidas; pero hizo este descubrimiento del que se apresuró a dar cuenta a todas las academias científicas de las que era miembro, compuestas todas por hombres de tan extensa y honda erudición, que los eruditos del siglo XX serían a ellos lo que sería cualquiera de los siete sabios de la Grecia antigua frente a un joven de diecisiete años en el siglo XX.

El erudito paleontólogo del siglo CL descubrió esto:

“El mono era un animal que se alimentaba de tigres”.

• **ARROGANCIA**

La batalla fue espantosa, millares de muertos contemplaban el infinito con sus pobres ojos opacos, millares de heridos desflecaban por los ámbitos sus tristes lamentos.

El general victorioso, haciendo escarcear su caballo de guerra, miraba aquella desolación, fiero y arrogante.

- heme aquí, dueño y señor de todo – solilaqueaba – poderoso y temido, ¿quién creará valer más?

- ¡Yo! – interrumpió una casi imperceptible vocecilla.

- ¡Tú! – exclamó asombrado el glorioso, mirando sin ver más que muertos a su alrededor - ¿tú?

- Sí, yo, que estoy encima de ti – prosiguió la vocecilla.

Y el glorioso general sintió como si un alfiler le punzara el cráneo, se quitó el morrión galoneado de oro y plata, se sacó aquello que le punzara y miró:

En la mano tenía un piojo.

• **HAMBRE**

La Oveja - ¡Nuestro abuelo fue un héroe! Tan grande era su valor, que fue capaz de ser amigo de un tigre.

El Mono - Yo conocí a tu abuelo. Visitaba al tigre cuando éste acababa de comer. Y el tigre no era un hombre, estando harto, era inofensivo.

La Oveja - ¿Y si hubiese sido un hombre?

El Mono - Hubiese apresado a tu abuelo hasta esperar que le volviese el hambre. Porque esto diferencia al tigre del hombre: el tigre se harta creyendo que nunca más volverá a tener hambre. El hambre del hombre es más terrible. Es un hambre previsor.

• EJEMPLO

La serpiente al caballo que acaba de resbalar:

- Aprende de mí. ¡Yo nunca me he caído!

• LA ESTATUA

Dialogan los dos últimos caballos de coche que se arrastran por Buenos Aires:

- ¡Cómo ha decaído nuestra raza! Mira aquel caballo guerrero, glorificado en aquella estatua. ¡Aquel atravesó los Andes! ¡Libertó la mitad de la América! Ese caballo glorioso, lo leo en el pedestal de su estatua, se llamaba San Martín. ¡Con qué elegancia se perpetúa encabritado en bronce!

- ¿Y qué hace sobre él ese hombre vestido de general, con un brazo señalando hacia delante? ¿Quién es ese hombre?

- No sé, ¿pero has reparado que los hombres tiranos, envidiosos de nuestra gloria, nunca levantan la estatua de un glorioso corcel sin ponerle un hombre encima?

• TEOLOGIA

La hormiga - ¡No me mates! ¡Os lo ruego en nombre de Dios!

El hombre - ¿Dios? ¿Crees en Dios?

La hormiga - ¡Sí!

El hombre - ¿Y cómo es Dios?

La hormiga - ¡OH! ¡Tan grande, tan grande...! ¡Tan grande que no cabría en el hormiguero!

• LA LEYENDA

Un zorro y dos perros cimarrones eran vecinos. No pocas veces cazaron juntos y se repartieron amigablemente las piezas, cosa que no pasó al zorro cuando acompañara al tigre. Pero llegó a escasear la caza y, por fuerza, los amigos, o los cómplices, se miraron como rivales. Hábil el zorro, con ese hocico suyo al que la naturaleza dio el espíritu de la ganzúa, concluyó por descubrir un bañado, bonitamente oculto entre arbustos y zarzales, y en el que las gallinetas y perdices eran pródigo regalo de su gula. Se hartó; pero aun harto, dióse a cavilar el ladino: "Tarde o temprano, los perros descubrirán el bañado, porque cuando el hambre muerde, parece que diera otros cinco sentidos, aun a los más torpes". ¿Cómo hacer para que los cimarrones no se acercaran a aquella jauja de los carnívoros? Inventó una leyenda. Y la selló con sangre para hacerla evidente. Robó un cachorro de los cimarrones y lo degolló entre los arbustos, vigilantes del bañado.

No tardó el atribulado padre en llegar hasta el zorro, buscando a su prole. Aquí él, compungido, lloriqueante, balbuceó al desolado amigo lo que sabía acerca de la mala suerte de su cachorro. Y lo embozó de espanto:

- ¡Amigo, viera usted lo que he visto! A su muchacho se lo han muerto las ánimas de nuestras víctimas. ¡Yo lo he visto! ¿Ve aquel bañado? Pues allí andan las ánimas de las perdices y gallinetas que nos hemos comido. ¡Pobre cualquiera de nosotros que entremos allí! Su muchacho, inexperto, fue a meterse, a pesar de mis gritos. No me hizo caso. ¡Corrí detrás de él! Pero sólo llegué a tiempo para ver como las ánimas de las perdices y las gallinetas lo degollaban, lo mismo que nosotros las degollamos a ellas, cuando eran de carne. ¡Porque a las ánimas de las gallinetas y las perdices les salen dientes y garras! ¡Pobre amigo! Le juro que vi arriba de mil, hechas mil furias...

La leyenda cristalizó. Allí estaba el cadáver del degollado para subrayar lo que el zorro dijera haber visto. Y los cimarrones ni aun de día se acercaban al bañado que miraban con terror y en el que, en cambio, cacareaba su felicidad en forma de enjambre de suculentas perdices y gallinetas redondas.

Este es el origen de la leyenda.

Y de su invento comía, solo y abundantemente, el ladino inventor.

Pero uno de los cimarrones observó lo lloso que se hallaba el zorro y lo magros y sin lustre que se hallaban ellos, los cimarrones, a quienes el hambre seguía afilándoles los instintos hasta desgastárselos.

Se puso a espiarle.

Y lo vio entrar en el bañado, aun de noche y sin temor a las ánimas; y lo vio hartarse de ricas perdices, nada espirituales, por cierto.

Su impulso fue denunciar al impostor; pero concluyó recapacitando que si lo denunciaba, el otro perro y su prole innumerable también irían a comer allí. Cuantos más fuesen a comer menos tocaría a cada cual. Esto también lo hubieran pensado Sancho y el Viejo Vizcacha.

El cimarrón optó por callarse y comer a hurtadillas: a lo zorro.

Que el padre del asesinado siguiese creyendo en la fábula del zorro. El cimarrón, por su parte, se hartó esa noche de perdices, y como al salir se lastimase un ojo entre los zarzales, aprovechó el caso para divulgar que, persiguiendo a una perdiz, llegó hasta la proximidad del bañado fatídico, donde lo atacara una nube de ánimas.

Entonces para el otro cimarrón y su prole, la leyenda creció hasta corporizarse en tangible certidumbre. Porque toda teoría, aún la más inverosímil, halla siempre dos clases de seres dispuestos a aceptarla: Unos de buena fe, los que serán sus víctimas; de mala fe los otros, los que han de usufructuarla.

• PAZ ARMADA

Azul, el perro, era un animalucho extenuado. Espectro de arrabal, obligado a alimentarse de huesos mondos, su temperamento era dulce y pacífico. Se vio así víctima de otros perros, poseedores de colmillos y de ímpetus.

Cansado de sufrir miedos y humillaciones, decidió hacerse fuerte él también, adquirir la fuerza y el valor necesarios para imponer respeto a los demás. Sólo así podría vivir tranquilo, porque él no ansiaba otra cosa que vivir en paz.

Y se fue a la pampa.

Allí, conviviendo con los cimarrones y los zorros, adquirió astucia y fuerza.

Después, volvió a su barrio del suburbio.

Pudo comprobar entonces que era más fuerte y ágil que los otros. Había adquirido la potencia suficiente para que nadie se atreviese a agredirlo.

Pero ahora, cuando por ser bastante fuerte para ya no temer que los injustos lo hiciesen víctima de la injusticia, como antes, el perro Azul no quedó tranquilo.

Su fuerza no se resignaba a la defensa. Su propia superioridad lo molestaba.

Entonces, él agredió a los otros. El cometió injusticias.

• LOS DOS ENEMIGOS

- El Hombre es invulnerable – dijo el águila que volaba a quinientos metros sobre su cabeza.

La víbora, que se arrastraba a los pies del Hombre, por toda respuesta, lo mordió en el talón.

Y el Hombre cayó muerto.

• EL TIGRE CRISTIANO

El tigre, amo de la selva, se hizo cristiano. Resolvió no matar más. Alimentarse de inocente pasto. Y promulgó orden de muerte para todo el que matara, aun para comer. Después organizó un conjunto de corderos, los que fueron por todos los rincones de la selva a predicar la nueva fe. Se les recibió mal. Los pumas, los perros cimarrones, los zorros y otras bestias a quienes la naturaleza dio agudos caninos para desgarrar carne de víctimas; respondieron a la prédica de los corderos devorándoselos.

Entonces intervenía el tigre para hacer justicia. Y el tigre mataba al asesino de su predicador. Después, por no dejar su carne allí, abandonada a la tentación de los cuervos, se la comía. Se sacrificaba por su fe,

• TRABAJAR

El Burro – (Tirándose en el pesebre) - ¡Ah, ya no podía dar un paso más de cansado que estoy! ¡Diez horas andando siempre con el carro, que es una montaña de verdura! ¡Qué vida más desgraciada! ¡Vos sí que sos feliz!

El Perro – Yo también hago el mismo camino que vos...

El Burro - ¡cómo lo hacés! Paseando y tirándote a descansar cuando el patrón se para en una puerta a vender. Yo no puedo descansar, y soy yo quien arrastra el carro, que es una montaña de verdura.

El Perro – tenés razón. Tu vida no es nada linda; pero llevás la vida que merecés. ¡Por burro!

El Burro – No te entiendo.

El Perro – Porque sos zonzo. ¿Por qué mañana, cuando el patrón te quiere atar al carro, no te hacés el enfermo, el que no podés pararte?

Al otro día el Burro no fue atado. Siguiendo el consejo del can, fingió que no podía pararse, y el verdulero tuvo que dejarlo, cómodamente descansando a la sombra, junto al jugoso pasto y a la rica agua.

Al regresar, el verdulero, molido de andar todo el día con los canastos al hombro, hablaba con su mujer.

El Perro oía...

El Hombre - ¡Vengo muerto de cansancio! Si mañana el Burro sigue enfermo, no sé qué hacer. ¡Yo no puedo más! Ya estoy viejo, no sirvo para andar todo el día cargado, como en mi juventud.

La Mujer - Y, ¿por qué no usás el carricoche?

El Hombre - ¿Y quién lo tira?

La Mujer - ¡El Perro! Es un animal fuerte, grande y joven. ¡Que trabaje él también!

El Hombre - ¡Es verdad! Si mañana el Burro sigue enfermo, ato el Perro al carricoche.

El Perro oía...

A la madrugada siguiente, el patrón quiso atar el Burro al carro, pero éste seguía haciéndose el enfermo. Lo paraba y se caía...

De pronto, el Perro saltó sobre él, a mordiscos y ladridos. Lo obligó a levantarse, a caminar, a correr.

El Burro fue atado al carro.

Ya en la calle, trabajando, el Burro increpó al Perro:

- ¡Mal amigo! ¡Traidor! Vos me aconsejaste que me hiciese el enfermo, y vos me obligaste a trabajar. ¿Por qué?

El Perro se puso solemne. Engoló la voz:

- Me pasé toda la noche sin dormir, roído por el remordimiento, pensando. Pensando que es bochornoso que nuestro buen patrón estuviese gastando en comida para vos, y que vos no trabajases. ¡Eso es una indignidad! Yo no podía permitir que esto continuara.

● FRATERNIDAD

De súbito, cuando menos lo pensaba, el vagabundo perro cimarrón halló una vaca muerta. ¡Un tesoro! Pensó comérsela toda y quiso llevársela a su cubil. No pudo moverla, pesaba mucho.

Pensó entonces en sus nueve hermanos, vagabundos y hambrientos como él.

Y fue a buscarlos. Dividieron en diez partes idénticas el cuerpo de la vaca. Así cada cual tuvo suficientes fuerzas para transportar las suyas.

Orgulloso, el primer perro recibió las alabanzas de sus agradecidos hermanos. Y proclamó la fraternidad entre los perros cimarrones.

Todo porque le habían faltado fuerzas.

• EL MAL PATRIOTA

Un cabrito madrugador sorprendió dormido al puma, al pie de la sierra donde él pastaba. Tuvo una idea: con el hocico empujó una gruesa tosca y la tosca, saltando desde la altura, fue a caer sobre la fiera que dormía. La dejó muerta.

Observando que el puma no se movía, el cabrito, lentamente, se animó a acercársele. Y comprobó que estaba muerto. ¡Qué alegría!

Comenzó a gritar:

- ¡Bee, bee! ¡Yo he matado al puma! ¡Bee, bee!

Presurosos acudieron las cabras y los chivos. Grave con su aspecto de rabino, se acercó el chivo jefe, temblándole la barba simbólica y, hociqueando al puma, afirmó:

- ¡Sí, está muerto.

- ¡Yo lo he muerto! – gritó el cabrito, madrugador. Y, ante el asombro y el regocijo de los demás de su majada, narró cómo lo había muerto: lo atacó el puma, pero él, sin arredrarse, agachó la cabeza adornada de dos incipientes cuernecillos y le dio un topazo, y otro, y otro, hasta dejarlo muerto.

Todos gritaban de júbilo:

- ¡Bee, bee!... ¡Bee, bee!

Pero un chivo se atrevió a dudar:

- ¡No puede ser! ¿Cómo puede haber muerto a topetazos a un puma este cabrito que ni cuernos tiene?

- Dice que no es verdad y lo está viendo – gritó indignado el cabritilla héroe.

- ¿Dudas? – interrogó una cabra.

- ¡No creo que uno de nosotros pueda matar a un puma! – exclamó el chivo.

- ¡Mal chivo! – gritó otra cabra, indignadísima, y le dio el primer topazo.

Y siguieron dándole topazos, todos enloquecidos de indignación y de cólera; y le dieron topazos hasta tirarlo, y allí lo pisaron hasta matarlo.

Y se alejaron después, jubilosos por la muerte del puma, cuyo cadáver quedaba al lado del cadáver del chivo, el mal patriota, el que dudara que un puma pudiera ser muerto a topazos por un cabrito.

• LOS HIJOS DEL MAMUT

El elefante - ¡Qué raro! La nueva generación de elefantes se parece más a nuestros tatarabuelos, los mamuts, que a nosotros los elefantes.

El tanque – Estás equivocado, paquidermo. Yo no desciendo de ti, yo soy una criatura del hombre...

El elefante - ¿Y por qué yo desciendo del mamut y tú no? ¿Por qué tú eres una obra del hombre?

El tanque – Tu trabajas. Yo mato.

• LA ILUSIÓN DE LA FELICIDAD

Frente a la ribera del ancho río, los animales se lamentaban:

- ¡Allá sí seríamos felices!

Y señalaban en el horizonte la línea azul de la otra ribera.

Pero, ¿cómo cruzar el ancho río a nado? Alguno que lo intentara había perecido, y las aguas, devolviendo el cadáver del audaz, parecía que lo hicieran como un sarcasmo, para burla de los que, imaginando la felicidad allá en la lejana ribera, se lamentaban.

Una tarde, un cerdo, un gato montés y un mulo se hallaban hambrientos. Imaginaban que allá, en la línea azul, todo sobraba; en tanto aquí sobre la tierra, donde les tocara vivir, faltaba todo. Ni bellotas para el cerdo, ni aves de corral para el gato montés, ni alfalfa para el mulo.

Un ave de poderosas alas acertó a posarse en un árbol, y oyó sus lamentos.

- Yo iré - dijo.

Y se echó a los aires, recta a la línea azul, tras de la que se hallaba la felicidad.

Cuando volvió, los animales se apelotonaron a preguntarle.

- Hay un vado – explicó ella – por el que se puede cruzar sin peligro. Yo os lo enseñaré.

- ¡Vamos! – gritaron el gato y el mulo.

El cerdo, redondo y práctico – inteligencia sin aristas – no se entusiasmó. Preguntó al ave:

- pero, ¿qué has visto allá? ¿Hay ricas bellotas- ¿Bellotas? No he visto – respondió ella; y y comenzó a describir el paisaje, sus bellezas, la muchedumbre de aves cantoras...

El cerdo dio un gruñido de desprecio, y se fue.

¿Podría existir la felicidad donde no hubiese bellotas?

El gato montés preguntó entonces si había gallinas en la comarca. El ave no las viera, y prosiguió la descripción de sus hermosuras, de su clima, de sus flores...

¿Qué importaba eso al mulo? Y le interrogó si había visto campos de alfalfa. No los había visto.

El mulo y el gato montés, como antes el cerdo, dieron vuelta, maldiciendo a aquella ilusa que veía la felicidad allí donde ellos no hallarían con qué saciar su hambre.

El ave, sola, se volvió a echar sobre la línea azul.

● ANECDOTA EN EL ZOOLOGICO

Exclamó el cóndor:

- ¡Soy un cóndor!

Y la turba de aves, ofendida, se dijo:

. ¡Vanidoso!

Un pato exclamó:

- ¡Soy un pato!

Y la turba de aves, satisfecha:

- ¡Qué modesto!

• EL DERECHO

En el gallinero había entrado una gallineta. El gallo era flojo y la vivaz ave, sin resistencia, se impuso a la cobardía habitual de las gallinas.

Una de éstas puso un huevo, y no bien se alejó del nido anunciando tan fausta solemnidad, la gallineta se echó sobre él y lo devoró.

La gallina protestó inútilmente, porque el gallo era flojo y no había quién hiciese justicia.

Otra, y otra, y otra vez ocurrió lo mismo. Las gallinas protestaban por lo que ellas consideraban una arbitrariedad de la gallineta, audaz y fuerte; pero la injusticia siguió perpetrándose.

Por fin las gallinas callaron. Ponían, pero ya no protestaban porque la gallineta se comiese sus huevos.

Llegó una nueva gallina. Puso. La gallineta le devoró el huevo. La gallina protestó, y las otras fueron las encargadas de explicarle:

- En este gallinero se pone para la gallineta.

- Los huevos son de la gallineta.

La rebelde calló, resignada a acatar la costumbre, ley que el bruto no osa violar porque el bruto no intenta comprender.

Y la gallineta siguió devorando los huevos, que ahora se le cedían como si fuese natural que las gallinas pusieran para ella.

Nadie le negaba tal derecho, porque todos habían olvidado que comenzó siendo una injusticia. Pero una injusticia hecha costumbre es un derecho.

• LIBERTADOR DE CARNEROS

¿Por qué no hemos de ser libres?

¿Por qué hemos de estar sujetos a la vigilancia del perro? ¿Por qué temerle? – preguntó el carnero levantisco a los demás carneros, mansos.

Los demás callaban, estupefactos y temerosos. El prosiguió:

- ¿No les da vergüenza temer a un solo perro y soportar sus mordiscos? ¡Juntémonos! ¡Peleémoslo! ¡Seamos libres!

Los demás carneros no aceptaron.

- ¡Yo lo mataré solo! – aseguró el levantisco. - ¡Yo los libertaré!

Y, sorprendiendo al vigilante dormido bajo un barranco, hizo rodar una enorme piedra y la dejó caer sobre la cabeza del perro. Se la aplastó. Entonces, dijo a los demás carneros, aterrorizados:

- ¡Ya somos libres! ¡Vamos lejos a gozar la libertad bella, la más bella del mundo!

Pero los demás no lo siguieron, y el libertador, solo, tomó el rumbo del horizonte.

Los demás carneros quedaron dialogando.

De pronto, el levantisco oyó tras sí un tumulto de patas, una batahola de balidos. Supuso que los demás carneros se habían decidido a seguirlo. Se detuvo a esperarlos, para guiarlos rumbo al horizonte, para conducirlos hacia la bella libertad...

Pero los demás carneros, precipitándose sobre él, lo apresaron. Y, llevándolo ante el amo, lo acusaron por la muerte del perro.

• EL GALLO

Canto

El gallo mueve sus alas como si intentara emprender un alto vuelo, pero las halla torpes y pequeñas. Entonces, en vez de volar, canta... Y su canto sonoro, agudo, estridente, jubiloso, sube más rápido que el ave más poderosas alas.

¿Por qué?

¿Por qué el gallo duerme en el palo más alto? Porque el gallo es el único habitante del gallinero que levanta la cabeza para algo más que para beber.

Enemigo

Entre los esclavos que sirven al hombre para atormentarnos a los animales – dice el gallo – hay uno peor que el yugo, la cadena, el látigo, la jaula, el collar, la trampa o la red. No es tampoco el cuchillo. No es el cuchillo que degüella: es la tijera que corta las alas.

Desprecio

Desprecio al pato. ¿Por qué? Porque si le pedís que os defina al cisne os dirá: "¿El cisne?: ¡Un pato con un cuello ridículo!"

Diálogo

El gallo de la veleta - ¿Has reparado que el viento sopla para donde yo le indico?

El gallo del gallinero - ¡Ki ki ri ki! ¿De qué te vale ser el amo del viento si vales menos que él? El viento canta. Vos sos un gallo mudo. ¡Ki ki ri ki!

• CRITICOS

La tortuga – Hoy, dos mujeres llorando, se lamentaban por la suba de los alquileres y las ropas.

El caracol - ¡Merecido lo tienen! ¿Para qué precisan casa ni vestido?

• LA VIRTUD

El cordero habla al mastín:

- La verdadera virtud se halla en la incapacidad de hacer lo malo. Virtud es la mía, porque la naturaleza no me dotó de garras y colmillos, y no la tuya, mastín, a quien han domesticado y, en vez de matar, comes lo que te arrojan.

El mastín rezonga, y calla.

Y el elefante habla al cordero:

- Virtud no es la tuya, cordero. Sos débil. Vos no hacés el mal por debilidad. Virtud es la mía, que poseo esta trompa forzada, estos agudos colmillos, y no mato. La virtud está en ser fuerte y no hacer el mal. El débil nunca es verdaderamente bueno. La virtud es una conquista de los fuertes.

• LA VANIDAD

El loro, fuerte y ásperamente – con voz imperiosa, voz de hombre -, gritó:

- ¡Fuera!

El perro se detuvo asombrado. Sabía lo que significaba no obedecer la voz de un hombre.

El loro volvió a gritar:

- ¡Fuera!

Y el perro, que un segundo antes creyó fácil atrapar, desplumar y comer aquel pajarraco verde, sintió que el miedo le paralizaba el instinto. De ese minúsculo pajarraco verde salía voz humana. Esto le impuso. Cien generaciones de canes domésticos, acostumbrados a temer la voz humana, le hablaron, y el perro, metida la cola entre las piernas, obedeció.

El loro, por su parte, comprendió que poseía un extraordinario poder. Ignoraba en qué consistía; pero aquel can, como otros después, le obedeció. Y como la vanidad es poseer algo cuyo valor se ignora, la vanidad se apoderó del loro.

Un día ensayó volar. Sus alas, por descuido del amo, habían crecido y le respondieron.

El loro pasó volando por la campiña que separaba el pueblo del bosque, y entró en éste.

Llevaba un ambicioso plan: hacerse obedecer por tigres, pumas, perros, jabalíes, aguaraes y demás bestias de colmillo o de garra.

Lo primero que encontró fue un aguará. El perro salvaje, cautelosamente, se le aproximó, dispuesto a saltar sobre él.

Seguro del poder que lo imponía sobre los canes domésticos, el loro no se tomó el trabajo de volar sobre una rama más alta.

Tranquilo, esperó.

Ya cuando el aguará se dispuso al brinco, gritó fuerte y ásperamente, imperiosa voz de hombre:

- ¡Fuera!

Pero el aguará nunca había oído ni visto a un hombre. El grito del loro no le dijo nada. Y no detuvo su salto. Fue cosa de dos segundos: una dentellada y lo degolló. ¡Otra! Y comenzó a devorarlo.

● **REMEDIO**

A la corte del tigre, señor de la selva, llegaron algunos animales sabios huidos de un circo ambulante.

Las costumbres de la corte eran crueles. El zorro, cortesano del tigre, quiso alarmar a éste:

- Quizás las costumbres de la corte lastimaran la sensibilidad de los animales sabios...

- tenés razón – respondió el tigre -. Es necesario impedir que les ocurra esto a los animales sabios.

Y los expulsó de la selva.

• TRISTEZA DE PERRO

Yo - ¿Por qué mientras me lames la mano con la que te acabo de dar de comer, pones esos ojos tan tristes?

Mi Perro – estoy pensando... estoy pensando que un hombre, cuando sabe hacer de perro, llega a rico. Y un perro, cuando mucho, sólo consigue comer todos los días.

• LAS SOMBRAS GLORIOSAS

El asno – Mi prosapia es ilustre; Jesús, el Cristo, llegó a Jerusalén montado sobre un asno. Sancho Panza, el hombre más inocente del mundo, cabalgó en un asno...

El caballo viejo - ¿Para qué enorgullecernos de nuestro pasado glorioso? ¡Ay, recuerdo a Pegaso, a Babieca, a Bucéfalo, a Clavileño*, a Rocinante, al caballo de Atila, al caballo de Troya, al potro de Mazepa! Miremos con terror nuestro porvenir. ¿Qué harán en el futuro los mansotes asnos como tú o los derrengados jamelgos como yo? ¿Crees tú que en el futuro, los Quijotes y Sanchos que salgan de aventuras saldrán en Rocinantes y en Rucios?

El asno - ¿...?

El caballo viejo - ¡No hermanito! Si Don Quijote saliera ahora, saldría en un Ford.

** Caballo mecánico en el que Don Quijote y Sancho se elevaron por los aires.*

• REFLEXIONES

Habla un zorro:

Entre un zorro y un perro hay diferencias; pero esta es la más importante: el perro, al sufrir una derrota, huye con la cola entre las piernas. El zorro, no. El zorro huye con la cola en alto. El zorro nunca confiesa su derrota, como el ingenuo perro.

Habla un león domesticado:

Mi poder no se halla – como yo suponía – en mis garras ni en mis dientes ni en mis músculos. Ahora poseo los mismos dientes agudos, las mismas garras filosas, los mismos músculos poderosos; pero ya no soy yo. Porque un león es león mientras es temido. Y lo que hace temible al león es lo que el domador hizo escapar de mí. Estoy vivo porque como y rujo, pero soy el cadáver de mi mismo.

Reflexión de un feliz:

El canario nacido en la jaula vio al gorrión que pasaba volando, y exclamó:

- ¡Pobre gorrión, obligado a tener que volar en busca de comida!

• VOCES ANTAGONICAS

Habla una mosca:

Mi gratitud sea, no para el hombre que inventó el azúcar, sino para el que inventó el plumero. A mí no me importa no comer, me importa no ser comida.

Habla una araña:

Odio, no al hombre que inventó el plumero que nos destruye, sino al que inventó al papel caza-moscas, y nos roba la comida. A mí me importa menos morir que no comer.

Habla un asno:

Hombre hubo que, en su soberbia, comenzó por despreciar a ciertos animales domésticos cuyo trabajo disfrutara – asnos, caballos, perros... - y concluyó despreciando a ciertos hombres – carpinteros, labradores, panaderos... - de cuyo trabajo viviera. El mismo espíritu soberbio que llamó burro – sinónimo de torpe – al asno inteligente, manso y útil, llamó "chusma" a ciertos hombres también inteligentes, útiles y mansos.

Habla un canario:

- ¡Qué bello es un loro disecado! ¿Puede imaginarse nada más encantador que un vistoso loro que ya no puede repetir con vos nasal, monótonamente, las cuatro palabras que ha aprendido?

Reflexiones de un cordero:

Los hombres no comprenden nuestro lenguaje. ¿Cómo van a comprenderlo si entre ellos no se entienden tampoco? Los animales sí, nos entendemos todos.

El tigre habla el mismo idioma que el cordero. Porque nosotros los animales hablamos como hablaban los hombres antes que sus lenguas fuesen confundidas en la torre de Babel, en castigo de su orgullo, lo dice la Biblia, libro santo, libro justo, donde se alaba la inmácua pureza del cordero como en ningún otro libro de los hombres. Lo cual no impide a los mismos comerse el cordero pascual, símbolo de pureza. ¿Incomprensible? ¿Pero quién ha llegado a comprender al hombre? Su boca es una caverna donde viven palomas y serpientes, palabras aladas y palabras venenosas...

Yo supongo que algún hombre - ison tan curiosos, tan arriesgados los hombres! – se aventuró a aprender el idioma de los animales. ¡Y murió de espanto! Murió al oír la narración que del hombre le hicimos nosotros los corderos.

Reflexiones de un caballo:

Hasta ayer fui materialista. Hoy creo que los caballos tenemos alma y que el hombre ha podido verla, apresarla para su propia utilidad. ¿Y qué es el automóvil sino las almas de cuarenta caballos ordenadas de modo que den vida y movimiento a ese armatoste con cuatro ruedas? El hombre me ha hecho ver que los caballos tenemos alma, que somos inmortales. Y esto me ha regocijado sólo por un minuto. Porque enseguida pensé que el hombre, ahora, nos condena a una servidumbre infinita, ya que se ha adueñado de nuestras almas libres y las ha puesto a su servicio. Antes sólo se servía de nuestros cuerpos. Hoy ya ni la Muerte nos libra de su opresión. Pensando en esto, me puse tan triste, que he sentido ganas de suicidarme. Lo haría si no supiese que el hombre se apoderaría de mi alma, para transformarme en "caballo de fuerza".

Reflexiona una libélula:

¿Decís que soy pequeña hasta ser insignificante? ¡Hombres de poca fantasía! ¿Acaso es más grande que yo mi imitador, el avión, volando a algunos miles de metros arriba de vuestros admirados ojos? Con imaginar que yo estoy volando, no a dos, sino a dos mil metros de vuestra cabeza, ya podéis admirarme.

Lamento de araña:

- ¡Ay de mi pobre y desventurado padre! Pereció en la más infamante de las muertes: ¡Quedó pegado en un papel caza-moscas!

Reflexión de una trampera:

- Los ratones no me odian. Yo tampoco odio a los ratones. Los atrapo no sé por qué, pero no los odio. A mí me odia el gato. Cada ratón que yo atrapo aumenta su odio. Me dan ganas de decirle: "Si yo no me alimento de ratones. Yo no los busco; ellos vienen a mí porque yo no tengo uñas ni dientes. Quítate las uñas y los dientes, ofréceles un pedazo de queso, como hago yo, y los ratones irán a ti como vienen a mí". Pero el gato no renunciaría a sus i dientes y uñas por todos los ratones del mundo, sólo porque le sirvan para cazar ratones. Yo no comprendo al gato.

Habla un mono:

El hombre podrá creer que una hiena o un cuervo son hermosos, y siempre dirá que el mono es feo. El hombre nunca ve en nosotros a un mono, a un animal distinto que también puede ser bello. El hombre siempre ve un hombre feo en el mono. (Y esto antes de Darwin y sus interpretadores). Es la venganza del hombre soberbio que no perdonará nunca al mono que se le asemeje.

Habla un pingüino:

Piadosamente orgulloso, el hombre exhibe carteles: "Sed compasivo con los animales". Compañeros animales: ¡Rebelémonos contra esos carteles, símbolo de infamante opresión! Nos humillan. Romper esos carteles será el primer paso hacia la proclamación de los "Derechos del Animal".

Reflexiones de un fabulista:

¿Qué diferencia al hombre de un animal?: El hombre es feliz pensando que va a comer, el animal pensando que ya ha comido.

Tan mal uso han hecho los hombres de los dones excepcionales de su naturaleza, que se ha llegado a elogiar lo opuesto, lo que es propio de la bestia. Así, tan mal uso han hecho del don de la palabra, que ha obligado a elogiar el silencio, propio del animal. Tan mal uso han hecho de la inteligencia, que fue preciso alabar el instinto, inteligencia sin conciencia de sí misma y aun guiarnos por el instinto para destruir muchas aberraciones de la inteligencia.

Juntad el ladrido, el rebuzno, el aullido, el trino, el croar, el balido, el maullido, el mugido, el cacareo, el graznar, el relincho... y tendréis el idioma universal: la música. El idioma con el que se entendían los hombres antes de que sus voces se confundieran en la Torre de Babel. De lo cual resulta que antes el hombre cantaba, no hablaba. El ladrido, el rebuzno, el aullido, el trino, el croar, el balido, el maullido, el rugido, el cacareo, el graznar, el relincho... son trozos de música dispersa, de ese idioma universal perdido por la ambición de los hombres. Si hubiera un sabio capaz de reconstruirlo y lo enseñase a los hombres, quizás éstos volvieran a entenderse, volviera a reinar en ellos la fraternidad. Pero para eso tendrían que olvidar sus idiomas pos-bélicos de los cuales se hallan tan orgullosos y cuya mutua superioridad fonética o riqueza de vocablos es un motivo más de encono y separación. El ladrido, el rebuzno, el aullido, el trino, el croar, el balido, el maullido, el mugido, el cacareo, el graznar, el relincho... son pedazos de palabras, palabras que se quebraron y que no reflejan toda el alma animal, como los trozos de un espejo no alcanzan a reflejar todo un cuerpo.

Las máquinas pertenecen al reino animal. Son ciegas, poderosas, fatales como el animal. Aúllan, gritan, rugen como el animal. Hay máquinas felinas, o máquinas paquidermos, o máquinas saurios. Máquinas útiles y despreciadas por el hombre igual que el burro.. Máquinas feroces como el león y a las que el hombre admira. Y máquinas que, como a ciertos animales tenidos por sagrados, el hombre venera a modo de ídolos. ¿Queréis algo más estúpidamente inmóvil, más parecido a un ídolo que la caja de hierro? El hombre, ante ella, si no se pone de rodillas como ante el Buey Apis o el Cóndor Incaico, postra su espíritu.

Soy un admirador de los animales. Los admiro y los amo. Y los admiro y los amo, no porque los conozca profundamente. Yo sólo conozco bien a los hombres, pero tal vez porque conozco bien a los hombres, admiro y amo a los animales.

FIN

© www.alvaroyunque.com.ar - Derechos Reservados